



FRANCISCO ESCUDERO

COMPOSITOR

«NO PUEDO COMPONER SI NO ME EMOCIONO»

A sus ochenta y un años, el compositor Francisco Escudero continúa en plena labor creadora. El pasado miércoles, con motivo de su ingreso como Amigo de Número en la RSBAP, estrenó «Navidad-Eguberri 93» y en estos momentos compone una sinfonía, por encargo de la Orquesta de Euskadi. Pero el autor de «Ileta», de «Zigor», de «Gernika» o del Concierto Vasco para Piano y Orquesta no es profeta en su tierra. Aunque ahora su obra se interpreta algo más, el músico ha soportado un silencio prácticamente total durante más de dos décadas.



Texto: J.A.Z.
Fotos: Jesús Mari Pemán

El pasado miércoles, Francisco Escudero hizo su ingreso como Amigo de Número en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, en un acto realizado en el palacio de la Diputación Foral de Gipuzkoa. Es éste un reconocimiento que le llega al maestro a los 81 años y en plena actividad creadora.

Francisco Escudero continúa componiendo. Lo «último», por ahora, es una obra dedicada a José Miguel de Barandiarán que recoge tres cuentos mitológicos publicados por el antropólogo vasco.

DEIA: ¿Tiene esta obra un significado especial para usted?

FRANCISCO ESCUDERO: Sí, he tenido que hacer algo particular, puesto que se trataba de una música para niños. Así que la voz va al unísono o, en algunos pasajes, a dos voces, ya que se juntarán más de mil niños para interpretarla. En principio se iba a estrenar el pasado día 31 de diciembre, que solía ser el cumpleaños de Barandiarán, pero se ha pospuesto para la primavera. La orquesta será de tan sólo nueve músicos: flauta, clarinete, trompeta, trombón, violín, violoncello, piano, una percusión que hace de todo y un acordeón con bassetti que en realidad es como un órgano de mano. La música es más bien diatónica, tonal. El primer número es un homenaje a don José Miguel, y a continuación van los tres cuentos: Sorgin, Tartalo y Mateo Txistu.

D.: Ud. mismo ha confeccionado el libreto.

F.E.: Sí, me dejaron un libro para que sacara de ahí el material. Lo que he buscado es que los niños se diviertan y disfruten con la música. No he tomado temas populares y la orquesta es, como en todas mis obras, poemática. Debo confesar que me costó mucho, porque una cosa es escribir para un coro profesional y otra muy distinta componer para niños, pero estoy muy contento de la obra porque refleja toda la poesía que contiene la prosa de Barandiarán. El no dejó poemas, pero ¡cuánta poesía hay en sus escritos!

D.: ¿Tiene en estos momentos alguna otra composición entre manos?

F.E.: Estoy escribiendo una sinfonía, por encargo de la Orquesta de Euskadi. Durará una media hora y será cíclica, con lo que la unidad se reforzará. Como arranque, me he valido del diseño de unas danzas navarras, aunque tan sólo se trata del soporte rítmico. La melodía es de mi invención. Me solicitaron de Madrid para hacer una obra, pero de momento estoy ocupado en éstas. Quiero componer también un concierto para acordeón, para Mondragón. Estuve en el concurso internacional celebrado en este año y me quedé maravillado de la calidad de la organización y también de la altura de los intérpretes, no sólo de los extranjeros, sino también de algunos de aquí.

D.: También ha compuesto, recientemente, una suite de villancicos vascos, que se estrenó el pasado miércoles en Donostia.

F.E.: La escribí en dos días. Tiene su historia. Para el acto de la Bascongada tenía pensado que se cantaran La túnica de Jesús y El Entierro de Cristo, porque esta última la considero yo una de mis mejores obras en el género. Pero la organización consideró que no era muy oportuna para estas fechas navideñas. Así que fui al Cancionero del P. Donostia, escogí cuatro villancicos y los armoniqué para piano. Les puse en tesitura. Hay uno que es gregoriano, modal, y lo tenía ya armonizado el propio P. Donostia, pero yo le he puesto una armonía totalmente opuesta, pero también respetando la modalidad gregoriana.

D.: ¿Qué ocurre con sus dos óperas, «Zigor» y «Gernika»?

que no se representan?

F.E.: Es algo que no logro explicarme. Que se me perdona que a mis ochenta y un años sea inmodesto, pero puedo decir que yo echo una ojeada por ahí, a las óperas que se componen, y no hay muchas como estas dos mías. Pero, claro, quizá tengan un defecto para los que se mueven por aquí en torno a la ópera, pues no son para demostrar que tienes una buena voz. Yo he compuesto óperas vascas de arriba a abajo que, con una reciedumbre y una conciencia forjada en lenguaje vasco, son internacionales. Estoy seguro de que en Europa tendrían una buena acogida, como la tuvo mi Concierto Vasco para Piano y Orquesta cuando Argenta lo llevó a Alemania. Pero si no se hacen aquí, ¿cómo se van a conocer fuera?

«Zigor», que se llevó a escena en Madrid en tiempos del ministerio de Fraga, no se ha puesto más que una sola vez en Bilbao, y además, por ausencias de última hora, se hizo incompleta. En Donostia no se ha representado ninguna de mis óperas, no se conoce el oratorio de San Juan Bautista, que compuse en 1988 con motivo del 700 aniversario de la carta de fundación de Zarautz (sólo se ha interpretado en Zarautz y en Musikaste), se hizo «El Sueño de una bailarina» hace muchos años y no ha vuelto a repetirse...

D.: Es que se le ha hecho a Ud. un vacío de dos décadas largas.

F.E.: Así es, aunque no sé por qué. Tengo que decir que en Bilbao se me ha tenido en mucha más consideración que aquí (en Donostia). Ya desde los tiempos de Arámbarri se interpretaban allá mis obras, luego han venido los encargos de las óperas, etc. Inexplicablemente, aquí, en mi ciudad, me he encontrado con un muro. Hay dos generaciones que no han sabido nada de mi obra. Ahora, la situación ha cambiado, me parece, y en este sentido estoy muy agradecido a la Diputación Foral de Gipuzkoa, al Ayuntamiento de Donostia, al Ayuntamiento de Zarautz, a la Quincena Musical y a Ikertze. La Quincena me dedicó un monográfico en 1992 e Ikertze hizo un trabajo excelente con los niños: gracias a él, los que ahora son niños me recordarán cuando sean mayores.

D.: Sin embargo, cuando sus obras han salido de aquí han constituido una revelación. Me refiero, por ejemplo, a la reposición del Concierto Vasco en Madrid hace pocos años, o a su Sinfonía Sacra o, más recientemente, al éxito de su Concierto para Violoncello en Santiago.

F.E.: Es cierto. En agosto, en Santiago, tuve que salir a saludar más de siete veces, después de la interpretación de Pedro Gorostola con la Orquesta Sinfónica de La Coruña, bajo la dirección de Luis Izquierdo.

D.: ¿Qué significa componer música para Francisco Escudero?

F.E.: Yo siento cada vez la música con mayor fuerza, pero siempre sin traicionarme. Yo no niego el domisol, no niego la tonalidad, ni la atonalidad, no niego ni a Schönberg ni a nadie. Ante todo, la música significa para mí algo, aunque no sea nada concreto, pero me significa, ante todo, al hombre. Yo no puedo escribir nada si no me emociono. Compongo según lo que necesite en ese momento. Creo que estoy en posesión de una gran técnica, pero no hago mucho caso de ella, mientras no sienta lo que tengo que escribir, mientras no me salga del mundo interior. No puedo plantearme una creación como una obligación: tengo que hacer esto, terminar lo otro, etc. Me parece que eso es traicionar a la música.

D.: Por eso, su música siempre llega.

F.E.: Creo que sí. «Zigor» o «Gernika» tienen momentos áridos, pero consiguen comunicar. Incluso tienen problemas de



O creo que aún me tiene que ayudar Jaungoikua. A veces me parece que el buen Dios quiere decirme "llevo esperándote desde hace tiempo porque quiero que me des clases de Armonía, pero te voy a dejar ahí un rato para ver si, por fin, hacen justicia contigo"»

entonación, como los tienen mis dos grandes lieder, «La túnica de Jesús» y «El entierro de Cristo», porque creo que nosotros no estamos a la altura de otros por la cuestión interválica. La interválica es lo que da la música moderna, no hay tonalidades, te pasas del fa sostenido al la bemol, luego al re natural, por ejemplo. La voz, si no tiene fundamento interválico, no responde gran cosa. Y «Gernika» y «Zigor», como digo, son en ese sentido un problema de entonación, pero son entonaciones que tienen que ser así.

D.: La orquesta siempre ha tenido un gran peso en su obra.

F.E.: Efectivamente, porque siempre, sea la obra que sea, es una orquesta poética, un elemento que dice, que narra, que también está sentida desde adentro. Cuando compuse la Sinfonía Sacra, que es como un drama instrumental, lloraba. Ya he dicho que para mí componer es volcar el subjetivo que tengo. Cuando lo ha-

go me siento franciscano. Aunque la música no lleve argumento, detrás está el hombre. No concibo la creación como, por ejemplo, hacer un alarde de la técnica que uno tiene, es decir, buscarse un problema musical y volar con ese problema. No, está la emoción, no compongo sin ella.

D.: Probablemente sea «Illeta» la obra más «popular» de Escudero. ¿Cuáles son, a su juicio, los hitos de su carrera musical?

F.E.: Es posible que «Illeta», que es de 1953, fuera la que me dio más nombre, en la época. Cuando se estrenó, en 1955, en Bilbao, creo que era la primera obra que se estrenaba en nuestra lengua en la capital vizcaína. También es cierto que ha habido gente que se ha marchado de algún concierto al ver la letra. La estrenó Llantou. Más tarde, en el 57, la dirigí yo, en un concierto homenaje a don Modesto Arana.

En cuanto a los hitos, yo diría que, en el campo del concierto, son los dos, el Concierto Vasco y Concierto para Violoncello, éste segundo es mucho menos conocido que el de piano, pero no es inferior: además del tratamiento del solista, que es innovador, todos los instrumentos son solistas, de alguna forma, concertantes, en todo el sentido del término; en la ópera, «Zigor» y «Gernika»; en el oratorio, «Illeta» y «San Juan Bautista»; luego está también la Sinfonía Sacra... En el Concierto Vasco establezco, para mí, los módulos de la música vasca autóctona, que sigo luego con «Illeta». A partir de ese lenguaje, que me llevó un gran estudio, pues examiné a conciencia los giros, las interválicas, las cesuras, las cadencias, etc., de nuestro cancionero, en «Zigor» doy cabida a las reacciones humanas.

D.: Es decir, en el caso del Concierto Vasco y de «Illeta», se remonta a los años cuarenta y cincuenta.

F.E.: Es que fueron, artísticamente hablando, muy bueno, porque hacía lo que yo quería, lo que buscaba. Digamos que, de alguna manera, me emancipaba por medio de la música de otras cosas de las que no podía liberarme. Además, en aquel tiempo se tocaba mi obra con asiduidad. La Orquesta de Bilbao me programaba a menudo. Luego, a partir de los sesenta, se me hizo el vacío.

D.: Además de compositor, Ud. tiene en su haber una intensa labor pedagógica. Es maestro de maestros.

F.E.: Ahora mismo me vienen profesores de Vitoria, de Bilbao, el conservatorio de Getxo puede decirse que está formado por mí. Aquí las clases son de lo más moderno, pero ante todo les enseño a sentir. Les digo: tú sabes armonía, hazme tres compases que signifiquen amor. ¿Cómo lo harías? O templanza, naturaleza... Todas estas cosas proporcionan una técnica enorme. Cuando se integran en el mundo profesionalizado, me suelen dar pena. Siempre les digo que no abandonen nunca eso que Dios les ha dado: el mundo interior, el microcosmos de cada uno.

En otro terreno, siendo director del Conservatorio de San Sebastián, logré el título de superior. Además, formé las academias filiales que hay en Gipuzkoa, ya que en nuestro conservatorio no cabía la gente y se la examinaba de mala manera. Fueron las primeras del Estado: Mondragón, la primera, luego Eibar, Beasain... Más tarde empezaron en Bilbao y en Madrid.

D.: Volviendo a su música, ¿cree que en algún momento se le rendirá la justicia que merece?

F.E.: Ya he dicho que hasta los sesenta, yo era alguien. Tenía ya compuestas obras importantes y se me interpretaba. Luego también he escrito otras no menos importantes, pero por las razones que sean no tuvieron suerte. Por ejemplo, las dos óperas que hice. Mi esposa, Goyita, que ahora tiene más tiempo y está recopilando programas, críticas y otras referencias de mis obras, me suele decir que hasta el año sesenta encuentra mucho material pero, después, casi nada hasta hace bastante poco.

Después de este silencio de más de dos décadas, Musikaste y, después, hace dos años, la Quincena Musical volvió a destapar mi obra. Se han dado también algunas cosas fuera. Pero creo que hay todavía «asignaturas pendientes», como las de llevar a escena mis óperas.

No sé. Yo creo que aún me tiene que ayudar Jaungoikua. Me parece que me está diciendo: «Llevo esperándote hace años para que me des clases de Armonía, pero todavía te voy a dejar ahí un rato, a ver si hacen justicia contigo», termina diciendo casi para sí el maestro Escudero.